Año VI La Plata, 1ª quincena de Junio de 1924 Núm. 120

Redacción y Administración: 14 N. 1227 LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal — Editada por la Agrupación del mismo nombre — Administrador: Risto Stoianovich

Negación de privilegios

Una de las cualidades más resaltantes del anarquismo, como concepto ético y como movimiento de transformación social, es el terminante repudio de toda especie de privilegio o superioridad entre los hombres.

Si es en las funciones que demandan las necesidades económicas de la sociedad, no puede haber, según el pensamiento anarquista, ningún derecho de mayor beneficio o ascendencia para los individuos más hábiles, industriosos, fuertes y activos, sobre los más débiles, indolentes, o torpes, por el hecho de que aquellos realicen mayor suma de producción que estos. Cada uno ha de contribuir de acuerdo a sus medios y capacidad y a nadie puede hacerse responsable porque sea menos capaz que otro.

Por otra parte, consideramos que no hay funciones sociales superiores o inferiores, sino tan solo complementarias. Un ingeniero que hace el trazado de un gran puente, necesita la ayuda del hombre que transporte la piedra y el hierro, para poder construirlo.

El escritor o el filósofo no podrían divulgar sus ideas sin la ayuda del operario que elabora el papel o hace la impresión, etc, etc. Siendo necesaria para la culminación de una obra, la acción combinada de muchos hombres, está claro que todo ellos son merecedores de la misma consideración o, si se quiere, acreedores al mismo *beneficio*.

Este mismo criterio igualitario, negador de privilegios, que aplicamos a las relaciones económicas entre los hombres, quizás las más escabrosas, es aplicable y debe aplicarse siempre en todas las demás relaciones y actividades. No podemos consentir, por ejemplo, que un hombre de genio o de mucho saber se abrogue prerrogativas que cohiban o anulen la personalidad de las personas simples, ignorantes o cortas de entendimiento.

Entendemos, al revés de los conservadores o partidarios de cierta «aristocracia», que el hecho de consagrar jerarquías en el sentido inlelectual como en el político, en vez de favorecer el perfeccionamiento humano, lo estorba seriamente. Nada hunde y acobarda tanto al individuo como la evidencia de su inferioridad; el que se sabe pequeño, humilde, despreciable, no tiene ánimos para ascender, para escalar una cima cualquiera. En cuanto a los otros, a los que se consideran superiores, «mejor nacidos», dignos de todos los honores y consideraciones, no tardan en estancarse o en retrogradar muchas veces.

Sólo cuando los hombres se hallen en un perfecto pie de igualdad, lo mismo para la satisfacción de sus necesidades materiales, como para los tributos de consideración y respeto recíprocos, será posible un perfeccionamiento general de la especie y no solo fragmentario y restringido como ha de suceder fatalmente bajo cualquier forma de aristocracia y privilegio.

En la actualidad todo se opone y contradice nuestro criterio. Los hombres viven distribuidos en un enorme casillero, y cada casilla corresponde a una *clase* distinta que por alguna cosa está mejor o peor conceptuada que la otra. No es solo en pobres y ricos, burgueses y proletarios, que se divide la humanidad, sino que hay una infinidad de subdivisiones más, que significan una serie de desigualdades irritantes.

Un maquinista de ferrocarril, un decorador, o un linotipista, por ejemplo, son individuos *privilegiados* frente a un peón caminero, un remendón o un limpiador de cloacas, a los cuales suelen mirar con desdén, con el propio desdén que hacia ellos tiene un rico comerciante, un célebre médico, o un renombrado artista. Dentro de un mismo oficio o corporación hay diferencias y categorías en razón de la mayor habilidad, fuerza, u otro motivo que determinan siempre mejores o peores posiciones.

De tal modo se manifiesta en todo el principio de jerarquía, que no se concibe, por lo general, ninguna asociación, ningún organismo colectivo, cualquiera que sean sus fines, sin que enseguida se piense en destacar al núcleo más «caracterizado» o respetable, para ejercer funciones directivas y marcar pautas y obligaciones al resto. Esto sucede aun en la mayor parte de las organizaciones que basan su razón de ser, en la lucha por la abolición de todo privilegio.

Pero los anarquistas no debemos caer en ese vicio, so pena de negar la esencia misma de nuestra doctrina.

En esto, como en todas las malas prácticas que emanan de las ideas consagradas por el régimen, debemos oponer una ética propia, traducida en obras que se ajusten a ella lo más estrictamente posible.

Quiere decirse que siendo nosotros partidarios de la igualdad en todos los órdenes, debemos, en este régimen de divisiones asaz arbitrario, colocarnos junto mismo, bien al nivel, de los más desposeídos, agraviados y maltrechos de nuestros hermanos. Debemos enarbolar bien alto la bandera de los más humildes, de los más pobres, de los más despreciados. Esto, sin dejar encerrarnos ni por un momento en el estrecho callejón del espíritu clasista.

Así demostraremos (como lo estamos haciendo) que por ningún concepto nos consideramos superiores a nuestros hermanos que no luchan, que no piensan, ni se rebelan, sino que sufren y callan. Y han de ver los que todo lo miran torcido, que esa expresión de «anarquismo aristocrático» conque suelen gratificarnos, es tan torpe y fuera de lugar como las de «gobierno revolucionario» «republicanismo monárquico» o «ateísmo religioso».

Sin perder jamás nuestra personalidad, somos los irreductibles enemigos del privilegio y de la «aristocracia»

J. Prince.

Armando Souto

Recojámonos... y en el silencio profundo del recogimiento, recordemos al buen camarada, al hermano ido.

Se fué Armando con la rapidez de una estela atravesando el firmamento; se fué, sí, pero dejó en nosotros su juventud plena de idealidad, rebosante de entusiasmos, que ha de servirnos en el recuerdo de ejemplo vigorizador.

Pasó Armando por la vida como un capullo que, abierto en flor temprana, fuera tronchado de la planta sin esperar a que su aroma delicado y sutil embalsamara el ambiente, sin esperar a que natura en su transcurrir incansable lo marchitase y fuera, pétalo a pétalo, deflorándole su corola. Así, al igual del capullo quitado de la planta y que fuera luego a prenderse al seno naciente y virginal de angelical criatura, tú, Armando, hazte prendido, como imagen inolvidable, en el pecho de todos tus amigos, de todos tus hermanos que han luchado y convivido a tu lado, de todos tus queridos compañeros que tratarán de sacar de sí mismos las mayores energías, para llenar el vacío grande que tus entusiasmos de idealista y soñador han dejado.

¡Salud, buen Armando! Los muchachos como tú no saben morir en el corazón de los amigos. Y en el silencio de la muerte, como ayer en la batalla de la vida, parece que aflorara tus labios silenciados para in eternum, un ¡Viva y viva la anarquía hermanos!

Normas fijas

La tabla rígida de la ley, parecía en un momento, ceder al empuje renovador de nuevas tendencias. Pero, hay siempre un resabio, algo imprevisto que une lo viejo con lo nuevo, cuando no a las tendencias, a los hombres, que conservan casi siempre algo de la animalidad primitiva, que aplasta con su fuerza a la razón y a la lógica.

Hoy, a una gran parte de los que se llaman anarquistas les pasa eso: viven la vida instintiva, brutal, de acatamiento a las normas rígidas, y, ¡cuidado! no se puede expresar un concepto, exponer un juicio propio acerca de tal o cual contrasentido en los principios o en los medios de lucha,—la actuación en los sindicatos y demás, por ejemplo,—que salen al paso los bastardos defensores de las normas fijas, con el código «plebeyo» debajo del brazo, gesticulando y diciendo: «¡Ea, cuidado, no se pase!»

Si seguimos así, mañana querrán codificarnos hasta nuestra manera de comer, de reir o de bostezar... No penséis que es la ley social que os aplican, no. Es el código sindicalista. La diferencia estriba en que la ley burguesa está escrita en papel satinado; en cambio la "nuestra" lo está en papel de estraza. Además sus aplicadores no llevan uniforme, aunque merecen llevarlo. El sectarismo, el dogma elevado a la categoría de principio, ha hecho carne en los funcionarios, por espíritu de adaptación a las actividades de dirección sempiternas, como ejes o centros de gravedad del movimiento obrero y anarquista; y ha despertado precisamente el antagonismo de la juventud renovadora en pugna con los decrépitos defensores de la tabla rígida de la ley.

Sabemos que por un momento triunfará la fuerza ciega, la mayoría y hasta los "sellos"... Pero eso no es nada. Cuando más, valdrá tanto como una humareda densa que impide por un momento ver la realidad de las cosas. Mas sabemos también que todo nubarrón se extingue disipado por la luz del sol. Digámoslo sin ambajes: ¿Qué fuerza, qué movimiento perdurable de ideas representa ese método de aplicación intensiva de la calumnia, la intriga, la expulsión de los hombres y descalificación de las hojas anarquistas? Ninguno.

Eso es transitorio como la leyes de excepción que aplican los gobiernos, es la repreión de un momento, que trae como lógica consecuencia, mayores acicates para la lucha. Sí, compañeros; hemos combatido la dictadura, ¿y para qué, si hay hoy quienes abogan por la dictadura "anarquista," poniendo en práctica las normas jurídicas de la sociedad burguesa? El individuo ante la ley, ¿qué otra cosa significa el emplazamiento a la prensa anarquista, a sus hombres, como cuando un juez emplaza a un delincuente, a un desertor, en fin, a un obrero que no paga el alquiler?... ¡Caramba! parece que estuvieran domando potros...

Salud y viva "La Antorcha" diario.

Enrique Ciccorelli.

Buenos Aires.

Tendencias en el movimiento anarquista

En el campo en que actuamos los que simpatizamos con la finalidad anárquica, se vislumbran varias tendencias que día a día se definen con más nitidez. Los continuos y casi diarios rozamientos que por lo mismo se producen, contribuyen cada vez más a ahondar entre ellas disidencias.

Estas disidencias, más que por distintas interpretaciones de nuestra finalidad libertaria, en la que la mayoría concordamos teóricamente, son motivadas por los distintos métodos de lucha y por los variados medios a que debemos echar mano, obrando, de acuerdo o no, con la moral que divulgamos, durante nuestro incesante batallar contra la autoridad y al mismo tiempo para alcanzar cuanto antes la finalidad deseada.

A ello, tampoco es ajeno ¿por qué negarlo? la influencia de los odios personales, la ambición y la envidia, como también el pretender preponderar en todas nuestras cosas, hechos todos muy en boga actualmente.

El estiércol metido en nuestras filas, de una y otra parte, cumple su obra. A estos no les preocupan la propaganda y el triunfo de nuestras aspiraciones; lo que interesa por sobre todas las cosas es el pan cotidiano. Además, los resabios de la moral burguesa, que tanto combatimos teóricamente, aun se encuentran encarnados en nosotros; circulan por nuestros vasos y, lo que es peor, poco nos preocupamos por extirparlos. El bisturí del mejor cirujano sería impotente para extirpar lo que solo puede hacer la voluntad y la personalidad de cada individuo.

La causa básica, motivadora de las divergencias, en realidad gira en torno de dos conceptos eternamente en pugna: la autoridad, por más limitada que sea, y la libertad amplia, con su «uso y abuso».

Por una parte, los que creen conveniente e indispensable la organización más o menos disciplinada de los núcleos obreros, aunque enemigos de la organización de los anarquistas. De la otra, los que son enemigos de toda organización de forzamiento.

Considero innecesario demostrar que toda organización, lleva implícito el espíritu de autoridad, ya que nadie se atrevería con éxito a probar lo contrario.

En el seno de la primera corriente, que cuenta con mayor número de simpatizantes, todos agrupados en la entidad sindical, la Fora, encontramos nuevas divergencias motivadas por no estar de acuerdo con la orientación que tiene en la actualidad dicho organismo.

En primer término, están los que son partidarios de la obra que llevan

a cabo los que actúan y orientan tal entidad. Para estos, todo el movimiento anarquista de la región, está circunscripto a la Fora; fuera de ella no hay ni hubo nada. No tienen en cuenta, en absoluto, la obra de todas las agrupaciones anarquistas que diseminadas por toda la región han cumplido labor tan grande y tal vez más fructífera que aquella.

Tienen el seguro y fuerte apoyo del viejo cotidiano anarquista, quien en la actualidad defiende y magnifica todos los actos del actual consejo federal. ¿Es posible creer en la infalibilidad de un consejo? ¿Puede ser que nunca se equivoque?

La lógica nos responde negativamente. ¿Entonces, cómo se explica la defensa continua de todos los actos del mismo, de parte un órgano anarquista? Todas las cosas tienen su explicación; ésta también tiene la suya: el secretario del consejo es redactor de dicho cotidiano.

Cuentan con muchas fuerzas y medios, de los que se valen muy a menudo. En su afán de hacer prevalecer su forma de pensar, no trepidan en poner en práctica procedimientos dictatoriales, para lo cual cuentan con la aquiescencia de sus adeptos ganados por la prédica diaria y a veces desleal de su órgano diario. Para ellos, lo esencial es resultar victoriosos y ser consagrados por el número; lo demás no interesa.

Otra de las tendencias partidarias de la organización, sindical es la que combate la obra y los procedimientos de la anterior. Reivindica el espíritu federalista de la Fora, por creerlo vulnerado. Sus partidarios están agrupados alrededor del semanario «La Antorcha» intérprete de esas aspiraciones.

Está en un gran error quien cree que dicho semanario es contrario a la Fora. Es su más decidido y franco defensor. Y al respecto se pueden hacer los mismos argumentos usados para con los socialistas con respecto al Estado. No hace otra cosa que combatir los males superficiales, consolidando y afianzando en esta forma la posición del organismo y en consecuencia, las raíces del mal.

Por último están los industrialistas. Estos, pretenden cambiar la organización característica de la Fora, por el sindicato por industria. Como se deduce, es una forma menos federalista de organización, por tanto, casi no tiene ambiente entre nosotros, y además su practicabilidad se haría imposible teniendo en cuenta las características del trabajo en esta región.

Tal tendencia cuenta con escasos partidarios, cuya mayoría se encuentra en alguno que otro sindicato de la capital.

Una vez examinadas las distintas tendencias partidarias de la organización sindical, haremos lo propio con la enemiga de toda tendencia organizadora.

El anarquista, el que siente palpitar en lo profundo del corazón el espíritu de justicia y de libertad, trata por todos los medios de vivir libremente, es decir, de acuerdo con su forma de pensar; su preocupación constante es obrar consecuentemente con esa moral, para lo cual lucha contra todos los obstáculos que se oponen a su libre desenvolvimiento. Obra siempre en ese sentido, a todas horas, en todo lugar y en cualquier circunstancia, ya sea en el hogar, en la calle o en el local. En pocas palabras, siempre es consecuente con el ideal.

Obstáculos insavalbles le harán crispar los puños y no por eso desmayará ante la fuerza de las circunstancias adversas a sus deseos, al contrario, no cejará hasta vencerlas.

Enemigo irreductible y a muerte, de la autoridad, no la acepta bajo ninguna forma o aspecto que se presente. Por tanto, no puede aceptar la organización, ya que ésta encierra, por más federalista que sea, vestigios autoritarios que, tarde o temprano resurgirán potentes para acallar a los rebeldes de todos los tiempos.

Ninguna organización puede ser anarquista, pese a todos esos que afirman diariamente que la Fora lo es. Ante todo, la Fora al ser una entidad netamente sindical, no puede ser anarquista. El anarquismo no se encierra en el estrecho círculo proletario. No es clasista; abarca todas las clases sociales; es humano. Tampoco acepta procedimientos dictatoriales, como significan las expulsiones de entidades adheridas, minorías forzadas a acatar dispociones de las mayorías, etc. En consecuencia, la Fora no es anarquista y los que actúan en ella no podrán obrar de acuerdo con las ideas libertarias.

Por estas razones y otras que expondremos en otra oportunidad, somos enemigos de la organización, por más que en ella figure el rótulo recomendando el comunismo anárquico.

Este criterio ha sido expuesto anteriormente por otros compañeros. F. Martinez lo expuso no ha mucho en «La Antorcha»; se prometió entonces una refutación de parte de la redacción de ese semanario, promesa que no se cumplió. Después fué expuesto por el compañero Lunazzi en «Ideas», Esta vez despertó las iras de los compañeros de «La Protesta», partidarios de la organización sindical y enemigos de la organización de los anarquistas. Hubiera sido conveniente una polémica, pero en la actualidad es imposible.

¡Es doloroso que por no estar de acuerdo ni simpatizar con su obra, por creerla sinceramente perjudicial, se tenga que recurrir, contra quienes lo exterioricen públicamente, al insulto y la calumnia! Nadie puede tener la libertad de pensar en contra, sín correr el riesgo de recibir una lluvia de improperios, ser considerado como camaleón y a veces hasta ser descalificado.

¿Cómo es posible, compañeros de «La Protesta», que no toleréis que cada uno tenga la libertad de pensar y de criticar vuestros actos, especialmente cuando las críticas son razonadas y basadas en la filosofía anarquista? ¿A caso no os es posible defender vuestros actos, obras y opiniones, sin recurrir a los insultos y demás agregados? ¿Que os habéis propuesto con esa gran campaña emprendida contra los que se han dispuesto intensificar la propaganda anarquista?

Mediten bien, compañeros; no nos obliguen a pensar mal...

Las pocas argumentaciones que se han hecho para objetar a los antiorganizadores, consisten en que las circunstancias exigen la organización como medio práctico de lucha y consecución de mejoramientos económicos.

Para tal fin, creemos, sería práctico y perfectamente de acuerdo con el criterio libertario, la asociación con afinidad de propósitos, cada vez que las circunstancias y las necesidades lo requiriesen. Ahorraríamos inútiles desgastes de energías en actividades sindicales, que los emplearíamos con más beneficio en la propaganda y en la capacitación de las conciencias, que tanta falta hace.

Otras objeciones se han hecho, pero al analizarlas, inmediatamente aparecen como argumentaciones marxistas y que como tales no hace al caso refutar.

Lo que interesa, lo esencial para nosotros, es la capacitación y educación del pueblo, sin lo cual será inútil toda tentativa de mejoramiento social. Por eso, todas nuestras energías deben gastarse en tal sentido.

El sindicalismo, es decir, los sindicatos, sean de la Fora o de la Usa no harán nunca la revolución tal como nosotros la entendemos; y si la hacen, será en su beneficio y nunca en el del pueblo en general.

¡Anarquistas: evitémoslo!

MAURO FEDERICO.

Por la vida del Artista

¡España, siempre la horrible y siniestra España! la eterna región del obscurantismo y de la regresión, pone otra vez en juego sus macabras maquinaciones, para llevar a las ensangrentadas tablas del cadalso a una vida joven, rebosante de amor y de genio. J. B. Acher es la nueva víctima elegida por los fúnebres buitres de la "justicia" española, para ser inmolada en holocausto al sarcástico ídolo que simboliza a la mesálica moral de la prostituida casta borbónica.

Acher es un joven artista, un iluminado, un hombre todo alma y corazón, que se dió pleno de luz a la sublime causa de la libertad, concibiendo que la afinidad armónica de los hombres es la única y verdadera tabla de los valores humanos que eleva y engrandece el sentimiento espiritual de los pueblos.

En su largo peregrinar por la vida, Acher ha llorado y ha amado mucho. A manera del Cristo legendario, desfloró sobre el alma de los tristes, de los parias, los fúlgidos destellos de su alma luminosa y las fragantes flores de su genio, inspirado siempre por la inmarcesible visión del ideal...

¡Artistas, poetas, jóvenes soñadores: agitad vuestros cinceles y vuestras plumas, levantad por encima de la testa deleznable de la España bárbara y regresiva, vuestros sueños rojos. impregnados de amor y de gloria! Si, en vosotros está la libertad de Acher. En vosotros canta el himno inmortal que dulcificará la hora negra que entenebrece la vida del niño genial.

Todo existe en vosotros: genio, juventud y esperanza. Los viejos, los fatuos, los que perdieron la clara imagen del porvenir, no pueden darnos ni sentir nada.

¡A trabajar, pues! ¡A bregar tesoneramente por la vida y la libertad del artista, del poeta que yace soterrado en la fría cámara mortuoria, esperando que el hórrido campanario de la muerte toque la hora fatal! ¡Y será entonces, una vergüenza y un baldón más sobre nuestras almas de esclavos!

ALFREDO FRID HERRERA.

¡Rediez, con los frailes!

No es invención nuestra la afirmación de que Iglesia y Estado, son con el Capital tres personas distintas y un solo dios verdadero.

Tal lo comprobamos el domingo 27 de Abril cuando nuestra dormilona ciudad se despertó de golpe ante el batuque, que si lo hiciéramos nosotros mereceria duro castigo, y y que promovió el frailerío de esta capital y Buenos Aires. Se trataba nada menos que de homenajear a su ilustrísima y reverendísima señoria monseñor don fraile Alberti, y cuanto vejestorio estúpido, beatonas estériles, damas y damos y pobres niños, que ellos castran y entenebrecen, se reunieron al vocerío de las campanas y al ruido de los tambores. El representante de dios en la tierra recibió de los feligreses la más grande demostración de aprecio que cucaracha alguna recibiera en estos tiempos de total descreimiento.

No diría esto nada, si no tuviera su cola; y la cola es en este caso más larga que el animal.

Se trataba de demostrarle al fraile De Andrea que los discípulos del señor no le tenían simpatía o, en buen criollo, no le daban pelota; porque la política ponía bien en evidencia que Alberti le respondía a Irigoyen, vulgo: "peludo" y De Andrea á Alvear.

El presidente de la república, encargado de proponer al jefe de la Iglesia en la Argentina ante el papa—puesto vacante,—optó por uno de los suyos: De Andrea, y el avispero se alborotó. El papa del Capitolio anduvo a los golpes, diplomáticamente con el papá de la Casa Rosada, y De Andrea-Alberti, fué expresión de la bastarda lucha de intereses de Alvear-Irigoyen. Y es cosa de ver cómo se cornean sus santidades y cómo relucen al sol los trapos sucios. Resulta ahora, por boca de los padres de la Iglesia, que De Andrea, truhán de la gran colecta nacional, es una de las personas más inmorales de nuestro siglo; que casto y todo, es padre de una fuerte criatura; que una dama de alta alcurnia fué a recluirse en un monasterio español a causa de haberse "confesado" con tan buen ministro del señor, etc, etc.

¿Qué opinan de esto los creyentes de la religión? ¿No es una infamia permitir tanta iniquidad, trabajar como bestias para que frailes y gobernantes se entreguen a las más desgradantes lujurias, haciendo de cada iglesia un prostíbulo y dando al mundo hijos que si no sepultan al pie de los altares en que tan cínicamente rezan, los condenan a la vida miserable del guacho? ¡Cuántos crímenes, cuántas vilezas, en nombre de dios y de la ley, ejecutan los canallas de levita y sotana!

¡Y el Cristo desde la cruz habla aun de amor a los hombres!

El proletariado y la lucha social

Defensa de los intereses de la clase obrera. (CONTINUACIÓN).

Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que la unidad de clases es una ficción y solo existe una clase obrera con intereses propios, en la mente de los que sueñan con encajonar a los hombres en el círculo estrecho de los sindicalismos. Se sostiene que los trabajadores se organizan para *defender los intereses de su clase.* ¿Cual ese esa clase? ¿Qué intereses exclusivos tiene? Si entendemos por clase obrera, la asalariada, veremos que no existe lucha más cruel que la que entre los asalariados mismos se desorrolla· Vendrían a estar involucrada en ella, los obreros de todos los ramos de la producción y del comercio, los empleados públicos y privados, los lacayos del capitalismo y del Estado, en suma, la mayor parte de la población que no ha conquistado lo que se denomina independencia económica, y que es, en verdad, la apropiación del esfuerzo colectivo.

Partiendo del punto de vista del salario, los hombres están profundamente divididos, y sus intereses no pueden ser comunes. Entre el esbirro policial, el empleado y el obrero, diferenciado éste como manual, late siempre justificado rencor, y entre estos últimos, los obreros, palpamos a diario las diferencias, entre el ferroviario, el marítimo, el trabajador de fábricas y talleres, el mozo de hotel, el municipal, etc. La diferencia de salarios y de condiciones de trabajo, hacen imposible armonizar los intereses de los hombres, y aunque aparentemente asi fuera, la lucha asi expresada abarcaría una faceta del problema social,—el salario,—y desarrollando la conciencia de clase mutilaríamos la conciencia social

Se puede argüir que la lucha de clases se entabla de explotados a explotadores o víceversa; que cada núcleo de obreros de un oficio o industria, vale decir, en iguales condiciones, se organiza, se une y entabla luchas de reivindicación con los explotadores del ramo. Pero nosotros diríamos que al presentar ese aspecto, no se consigue tampoco demostrar la necesidad de defender los intereses de una clase sino de un grupo de hombres; y el antagonismo se perpetúa. ¿Diremos entonces que integran la clase proletaria (de mucha prole) todos los desheredados? Sería esto ahondar las rencillas entre los que nada tienen y los que tienen un poco, entre los desocupados y los trabajadores, entre las distintas categorías de desheredados. La verdad es que no existe una verdadera conciencia de clase. ¿Deben los anarquistas desarrollar esa conciencia, cuando tienden a la desaparición de las clases? Y si esa lucha que no sabemos cómo llamar (de clases, de asalariados, de explotados, de desheredados, de trabajadores, etc,) se manifiesta en huelgas, en revueltas, violencias, hechos individuales, boicotes, sabotajes, etc, ¿cuál debe ser nuestra actuación ya que debemos actuar dentro de la sociedad presente infiltrándole nuestras ideas?

Pero vayamos por partes.

El salario.

En verdad, industria y comercio son una misma cosa: comercio; con la diferencia que la primera es más abarcativa que el segundo, pues mientras el comerciante lucra sobre los artículos de venta ya elaborados, el industrial lo hace sobre estos y la manufactura. El comerciante explota al consumidor; el industrial al consumidor y al productor a la vez, vale decir, que el más comerciante de los comerciantes es el industrial.

El industrial provee de productos al comerciante, y éste al consumidor, mediante una compensación: el dinero, representación de la calidad y cantidad de los productos, establecida por el propietario o detentador. El productor entrega al llamado industrial (en verdad el único industrial es el productor) trabajo; pero las relaciones de propietario a consumidor se invierten para el productor. El industrial o comerciante posee una cantidad de materia y de trabajo, que al entregarla al consumidor duplica o triplica en su valor convencional, lo que equivale a decir que sus derechos de propiedad le ortogan otro correlativo: el de la explotación o robo, consistente en percibir cien por lo que representa diez, entregando al productor diez por lo que representa cien. Esto sin entrar á considerar la usurpación, tanto o más voraz, de los intermediarios. Las relaciones entre propietario y consumidor se determinan por el precio; las entre propietario y consumidor por el salario. De aquí que, materia prima más trabajo, es igual a capital y el capital comercializado sea el precio. Dejando para otra oportunidad el problema de *capital* y *precio* o de propietario y consumidor, vayamos a nuestro tema: *trabajo y capital* y estudiemos las relaciones del capitalista con el trabajador o sea *el salario.*

La economía burguesa establece el salario o paga, como una compensación del esfuerzo hecho por el trabajador, pero nadie ignora que este no representa ni una mínima parte de retribución, con relación a la enorme cantidad de riqueza producida, y que no es más que un mendrugo que se lanza para que asi la máquina humana pueda subsistir, como esclava, se entiende. Decimos

esclava y reflejamos la verdad. El esclavo primitivo, si bien era un instrumento incondicional del amo, tenía garantizada la escasa alimentación, el mísero vestido y la cura en la enfermedad, como el animal que se cuida y nutre porque ha costado dinero y debe producirlo con creces. El obrero de hoy, si bien fija condiciones, debe proveerse de alimentación, vestido, techo, curarse, etc. y la amenaza de la desocupación pende siempre. Antes, pues, era motivo de venta, ahora de alquiler: una venta disimulada y con plazos.

Comprendiendo su situación es que estos esclavos de hoy se han rebelado; y delineado los movimientos ideológicos cada tendencia, ha actuado dentro de las masas levantiscas, propiciando actitudes, o en las masas sumisas, para despertarlas a la realidad. La escasez de fuerzas y la incomprensión del problema, han hecho que esta lucha fuera simplemente mejorativista, reformista, tratando de aumentar la compensación o el salario. "Queremos sueldos más equitativos", ha sido la idea que ha animado a los trabajadores en sus luchas; pero la práctica ha demostrado la inutilidad de tales esfuerzos, pues con ellos no se resentía el principio capitalista, ya que el equilibrio entre el trabajo y el capital se establece aumentando en la balanza del consumidor lo que se aumenta, o más aun, en la del productor; y como éste es consumidor a la vez, su situación no varía. Teórica y prácticamente los anarquistas han impuesto sus ideas, afirmando que el problema no reside en aumentar el salario sino en suprimirlo; que no puede existir equidad entre explotado y explotador, y que es necesario que este desaparezca. Con éste criterio es que hay que destruir en el proletariado las ilusiones mejorativistas, pues de lo contrario se consolida el régimen burgués en vez de destruirlo. Con el pienso de la mejora delante; van los obreros a la huelga pacífica o sangrienta, y las más cruentas luchas se desarrollan inútilmente. No importa,—se dice; con ello se enseña a luchar. Sí, a luchar con malas armas, a ganar huelgas que le coloquen en un nivel económico más o menos elevado, para olvidarse de los propios y ajenos males y conservar a toda costa ese poco, oponiéndose a conquistar la totalidad, y cuando más, seguir trás de nosotros agradecidos; o a perder huelgas, conduciendo a las masas exhautas a más miseria, creando el odio entre compañeros y acostumbrándolas a obedecer, convencidas de que ese es su camino.

¡Bah! todo cuanto expresáis, es muy bonito,—nos replican, —pero eso está muy, demasiado lejos para que lo propiciemos por ahora los anarquistas.

Pero es que tiene, que debe enseñarse así. Queremos hombres, conciencias, diez obreros convencidos de de que hay que terminar con el capitalismo y el salario, que no diez mil que se levanten en huelga para elevar los salarios; los primeros endrán una comprensión de la sociedad futura, los otros vivirán felices en la presente con el aumento de ración, cultivando el odio entre hermanos, manteniendo injusta diferencia de salarios.

Por eso es que los anarquistas se han dicho, que cada uno debe producir de acuerdo con sus fuerzas y consumir según sus necesidades. Mientras no sea ésto posible, que corresponda igual retribución al esfuerzo de los trabajadores, pues todos tenemos las mismas necesidades, peones u oficiales, chicos y grandes, hombres y mujeres. *La igualdad de los sarios*, pues, debe ser un aspecto de las luchas obreras por nosotros orientadas. Y esto lo desean todos los compañeros. En el congreso de la F, O. P. C. de Villa María, en 1923, tal fué la voluntad por todos expresada, pero el delegado de la Fora indicó la necesidad de tratarlo en el próximo congreso regional. Y no se hizo. ¡Hubiera sido un choque entre anarquistas y sindicalistas, que habría llevado el desmenbramiento a lo organización! ¡Y las ideas fueron sacrificadas!

Contra socialistas, sindicalistas y reformistas de toda laya, no estimulemos las diferencias entre explotado y explotado. ¡Igualdad de salarios y conciencia de la abolición total del salariado!

José M. Lunazzi.

(*Continuará*)

Administrativas

Estas las daremos en el número próximo. Por ahora básteles saber a cuantos nos estiman, que después de pagar el déficit anterior y el presente número completamente, aun nos sobran 150 pesos.

Impresiones de la cárcel

CANCIONES.

Dicen que los pájaros cuando estàn encerrados en las jaulas, cuando se ven privados de la libertad, cantan más tristemente, más dolorosamente. Parece que su canción, impregnada de nostalgias, reflejara el recuerdo de su vida de bosque, su necesidad de espacio, de sol y de frondas.

Y debe ser cierto. No solamente los pájaros sino los hombres, cuando se ven encerrados, cantan más tristemente. Las canciones de la cárcel tienen un sabor de amargura, de hiel, de agonía.

Se canta a lo que fué, a lo que pasó, a lo que se añora. Todos los versos y todas las músicas expresan el dolor del cautiverio y la nostalgia de la libertad. Las canciones más cínicas no tienen ese hálito nauseabundo de miseria moral; a través de su música lasciva y de su letra canallesca, se trasmite la pena y el dolor engarzados en ellas; las notas parecen lamentos, vibraciones arrancadas de un alma dolorida y atormentada, lastimeros gemidos que se pierden en las sombras como lágrimas que cayeran al mar.

No he escuchado todavía una canción alegre.

Hasta la música más inquieta y juguetona se torna quejumbrosa y triste. Parece que se contagia del sombrío aplastamiento del ambiente Y no es, en verdad, nada más que eso: el ambiente que se mete en el alma, la frialdad de estos muros y estas rejas, de esta monotonía miserable de todos los días que va desterrándonos cada día más lejos de la sociedad.

Cuando un hombre canta es que abre en su alma una ventana al recuerdo y contempla desde allí su pasado, sus ilusiones muertas, sus sueños rotos, sus días u horas felices. Cantando, dialoga con las imágenes de la novia, de la hermana, de la madre, la compañera, los hijos o el amigo que desfilan en su pensamiento; la estrofa popular, la canción del pueblo, sencilla y emotiva, despiertan su vida al ayer y le trasmiten la sensación dolorosa de la crueldad de su presente.

La canción es a la vez un lenitivo. Son lágrimas transformadas en notas, suspiros hechos gorjeos. Se llora y se sueña cantando, generalmente en las horas de la tarde, cuando el sol se pierde en el lejano horizonte y las sombras en sus velos negros empiezan a envolver todas las cosas, borrando sus formas piadosamente, como si quisieran ocultar tanto dolor, tanta miseria y tanta injusticia como hay en el mundo.

GUARDIAS.

Desde la puesta del sol, cada dos horas, a veces menos, pero nunca más de ese término, no se escucha otro grito que el de los centinelas. Es peor que sentir en el campo, en el silencio de la noche, el graznido hiriente de la lechuza. Son voces roncas, largas, que parecen latigazos o puntapies en la cabeza. Los «¡alto!» «¡quien vive!» «¡cabo de guardia!», dichos a todo pulmón, a cada rato, nos mortifican toda la noche.

Nos parecen y son verdaderamente un insulto, un ultraje. Las voces de los centinelas se burlan de nuestra impotencia, recordándonos a cada momento nuestra situación. Nos despiertan a media noche como escupiéndonos al rostro el sangriento ultraje, diciéndonos que somos sus esclavos, sus prisioneros, que estamos encerrados a su disposición, a su voluntad.

A cada rato nos sacuden estos gritos mortificantes. Y tal es su impresión, que algunos me han dicho que después de algunos meses en libertad, todavía han escuchado el asqueroso grito de los centinelas que en el silencio de todas las noches nos babosea el alma.

VISITAS.

Un portón, en medio del grueso muro, de dos metros y medio de ancho, con sus rejas altas, gruesas, herrumbradas; unos goznes que rechinan como la voz ronca de los centinelas nocturnos. A la distancia de dos metros, una rejilla de hierro tejida con alambre, que da al pescuezo, cerrada, formando las aristas de un polígono irregular cuya base es el portón. Atrás de este, un camino de piedra que conduce a los pabellones. Adelante de la rejilla, unas pobres plantas, prisioneras en dos canteros ovalados y en el centro, otro camino de piedra que conduce a la salida. En el centro del polígono, dos guardianes que os vigilan, y revisan celosamente cuanto os alcanzan. En la primer puerta, soldados y clases que siguen atentamente nuestros movimientos; en las ventanas abiertas de ex profeso, lo mismo, en la oficina del alcaide, el señor cómodamente sentado, que aparenta indeferencia pero que os observa y escucha. Al fondo, en la puerta de salida, el centinela; en los pabellones, donde termina el camino de piedra, el celador; y más allá, en el fondo del patio, otros presos que también os vigilan.

No véis nada más que eso a vuestro alrededor: ojos y oídos. Ojos que quisieran penetrar hasta en vuestro interior, y oídos que intentan hasta percibir la formación de vuestro pensamiento. Estáis en un mar de miradas, espiado por arriba y abajo, delante y detrás, a la izquierda y a la derecha.

Detrás del portón 10, 15 o 20 presos que hablan a la vez, gritando. Fuera, en la rejilla, otro tanto o más de personas en libertad. Todos gritan, todos hablan, todos hacen esfuerzos desesperados por hacerse entender.

Pero en vano, de esta baraunda no entendéis una sílaba. Mas os queda un solo consuelo: mirar y sonreir. Envolver al amigo o a la compañera en una infinita expresión de amistad o de amor. La sonrisa que os traen refresca el alma y deja, en nosotros, la fuerza, la fe y la confianza en la vida, en el amor y en la amistad.

M. Anderson Pacheco.

Cárcel de Bahía Blanca.

La huelga última

Fué la pasada huelga contra la ley de jubilaciones, un movimiento de resistencia realizado por el pueblo en general, aunque sin mayores resultados. Hubo localidades en que el movimiento asumió caracteres de asonada; pero, con todo, el propósito principal no fué alcanzado. La ley quedó en pie, y los obreros tornaron a sus tareas, resignándose unos al descuento, y otros dispuestos a resistir, si esos descuentos se les hacían. Contra estos, el patronato ha tomado sus medidas, evitándose todo conflicto al hacer los aportes correspondientes a los obreros, con su propio capital. Pero, el patronato no es tonto ni inútilmente ha aprendido a explotar todas las situaciones; y ahí tenemos a los propietarios de panaderías, aumentando el precio del pan, procedimiento que, es rigurosamente cierto, han de adoptar todos los propietarios o industriales, para tomar con una mano lo que larguen con la otra. Y como en estas cosas de tomar y largar, se realiza un trabajo o un esfuerzo o un movimiento, es también rigurosamente cierto que todos los explotadores se dejarán un margen de ganancia o, lo que es lo mismo, tomarán más que lo que largarán. Y, santas pascuas.

En definitiva, la ley queda en pie; y los únicos «paganos» seremos como siempre los productores.

Entretanto, la huelga... fué un movimiento que no alcanzó lo que se propuso, dirá la historia de las luchas proletarias. Y nuestras dos poderosísimas Centrales continuarán tirándose los trastos a la cabeza, acusándose de traiciones, contando sus afiliados por doscientos de miles, haciéndose lenguas de las adhesiones que las hacen más grandes cada día, pagando secretariados, y gastando el dinero de las cotizaciones, en impresos, correspondencias y delegaciones calumniantes, sin otros propósitos que el de hundir honestísimos periódicos y difamar probados compañeros, en vez de decir claramente la verdad, no mintiendo la posesión de una fuerza de que se carece; y en vez de llevar a todo el que sufre, la convicción profunda de que dentro de la sociedad vigente no hay lugar para mejoras, que toda reforma es ficticia y que nada se podrá alcanzar, realmente beneficioso, sino se destruye ésta sociedad, poniéndose todo el haber social en posesión de todos.

Advertencia

Ruego a la llamada "agrupación pro defensa de la Fora" que no me envíe más material de ese insultante y calumnioso contra buenos y dignos compañeros, pues no puedo prestarme al reparto de tales papeles, que lejos de propagar la fraternización entre los anarquistas, solo alientan el odio entre los mismos.

Quien insulta a los defensores del ideal que dice sustentar, difama su propia causa. Quien difama a los anarquistas, titulándose anarquista, es porque no ama su causa. Tal pensamos; y por eso mismo afirmamos que los que así proceden son enemigos de la anarquía.

Conque, ya lo saben los de la agrupación defensora: basta de papeles insultantes. No los repartiré jamás.

Francisco Lattelaro.

Objeciones a una crítica

Por haber discutido con el compañero Lunazzi, durante su estada en ésta, mucho sobre la organización obrera y comentado contrariamente a su modo de pensar, el original del artículo que "Ideas" publicó: "Contra el espíritu antianarquista de la F. O. R. A. es obra anarquista propiciar la asociación libertaria de los trabajadores", es que escribo estas líneas, procurando dejar sentadas mis ideas anárquicas, sin que por esto vea en el sindicato a un tirano castrador de mi voluntad.

Demostrado hasta el cansancio està, que el anarquismo aspira al máximo del bienestar humano; de ahí que ningún hombre que éste interiozado de la filosofía anarquista pueda creer que el sindicato sea el mesías que nos redima de este estado de miseria moral y material en que vivimos. Por eso es que no le damos más valor que el que tiene, pero de ahí a decir que es malo; que convierte en autómata al individuo, me parece un absurdo; y lo digo porque el sindicato no es más que lo que los hombres quieren que sea. Si él no representa, cultural ni ídeológicamente, lo que nuestros pensamientos anhelan, culpa es nuestra, que no sabemos o no queremos andar junto a ese pueblo, al cual tantas loas le cantamos.

Vayamos, sí, a él; pero no con el rebenque de la dictadura a imponerle nuestras podredumbres. nuestras miserias, nuestras vilezas, sino a cantarle las bellezas de nuestro ideal, la moral de nuestras costumbres, el valor de la solidaridad, única forma de convivir en armonía, tal cual nuestros grandes maestros nos vislumbran para la sociedad del futuro; y como el pueblo es tierra virgen y fecunda, si en él sembramos semilla libertaria, también recojeremos frutos libertarios y entonces veremos que el sindicato es lo que los hombres quieren que sea.

Francamente, no vemos por qué para atacar determinadas malas prácticas en la F. O. R. A.,—si es que las hubiera—sea necesario atacar el principio y el conjunto de su razón de existir, como generatriz del movimiento obrero. Porque ¿que es lo que persiguen los compañeros que combaten a la F. O. R. A.? ¿Su destrucción como forma de organización, sus métodos de lucha, sus malas prácticas en las luchas diarias, o su autoritarismo — si lo hubiera,— por parte de aquellos que la orientan con sus ideas y constancia?

Si lo primero, me parece un absurdo, porque en su seno y en sus costumbres han luchado y siguen luchando hombres de destacada inteligencia, y sus métodos de lucha se están imponiendo en el mundo entero, donde hay organizaciones de obreros extremistas que no comulgan con politiquerismos ni ruedas de molino. Y luego, los anarquistas al querer demoler los cimientos de la sociedad presente, no lo hacen por el mero hecho de cantar loas a la luna; lo hacen porque todos sabemos que el sistema de organización existente, es inhumano, tirano. Pero frente a este derrumbarse de lo putrefacto, que proclamamos donde oportunidad tenemos, también cantamos nuestro sistema de convivencia para el futuro.

Quiero decir con esto que al hacer una crítica se ha de oponer a lo malo lo bueno; que nos digan los cantores de la libertad y el libre albedrío, las normas a seguir, las prácticas a realizar y por lo mismo que somos amantes de la libertad, hemos de estar con ellos. Mientras esperamos, hemos de seguir con nuestros métodos y costumbres, por creer que vamos al mismo fin. Eso, en cuanto a la defensa de la F. O, R. A. y su razón de ser. ¿Propiciar la asociación libertaria de los trabadores? ¡Eso sería el ideal! Pero habiendo libertarios, no habría necesidad de "propiciar", porque cada uno sabría lo que tendría que hacer, para vivir en armonía con los demás hombres. Claro está que en la teoría nadie puede disentir con el

Biblioteca «Alberdi»

Balance resumido de la velada realizada el 1º de Mayo.

Entradas . . .	$	457.20
Salidas . . .	»	189.00
Beneficio .	$	268.20

REPARTIDOS

50 %	Biblioteca «Alberdi»	$	134.10
30 »	Comité Pro Presos	»	80.46
10 »	«La Antorcha» . .	»	26.82
10 »	«Ideas»	»	26.82
	Total . .	$	268.20

En las salidas van comprendidos $ 5.00 para «Brazo y Cerebro» de Bahía Blanca y $ 5.00 para «La Pampa Libre» de Pico.

GUILLERMO LOPEZ.
Secretario

Armstrong 1.924.

---

compañero Lunazzi, pero de la teoría a la práctica, ¡qué diferencia!

¿Cuál es el compañero que voluntariamente va al servicio militar; cuál es el que trabaja con voluntad nueve o diez horas bajo la mirada insolente de capataces y burgueses; cuál es, al que no le gustaría vivir bien en una casita, en vez de pocilgas infectas, como viven la mayoría de los trabajadores?

¡Asociación libertaria!. ¡Si hoy por hoy, ni con bombos y platillos conseguimos que vayan los idealistas y los hambrientos, no ya al sindicato, es que ni siquiera a la plaza, al teatro, a ningún lado! ¿No lo prueban los fracasos de nuestras contínuas veladas, que cuando no hay déficit, le pasan raspando? ¿No lo prueban a los pocos que nos interesamos por la propaganda en los pueblos de campo, el vacío a los contínuos llamados en distintos tonos, a la conciencia de los hombres, ya sea para asambleas gremiales, ya para conferencias doctrinarias?

¿Y qué sacamos? Nada, porque nada hay en la multitud que no sean vicios.

¿Y tiene de esto la culpa el sindicato No. Los hombres, sí. Lo que falta, es conciencia en los hombres, idealidad en los espíritus, en una palabra, propaganda anarquista. **¿Que el triunfo y la propaganda se realizan en el local como en la fábrica, en la plaza como en la cárcel, en la planchada como en la alcantarilla?** ¿Por qué no en el sindicato? Vayamos a él como a la fábrica, la plaza, la chacra, la alcantarilla, sin preocupaciones de ninguna clase, que no sea la de sembrar la idea, y tendremos, entonces, un campo grande y bello para la cosecha de la anarquía.

JULIÁN RODRIGUEZ.

Las Rosas, Abril de 1924.

El día del animal

"Conócete a ti mismo" dice el proverbio. Festejemos el día del animal, se ha dicho nuestro respetabilísimo gobierno, siguiendo al pie de la letra el refrán popular, y en vísperas del 1º de Mayo declaró feriado nacional en homenaje a todos los bípedos y cuadrúpedos de este suelo. Tal actitud enaltece a nuestros gobernantes, nos hace creer en su sinceridad.

Ante el clamor del pueblo dolorido, próximos al estallar de la rebelión colectiva; ante la insurgencia de la conciencia libertaria, digno de animales o de gobernantes era gritar a todos los vientos su cariño por la bestia, pero no de la bestia paciente, uncida al arado o a la carreta, no la que nos da alimentación y abrigo, sino esa troglodita que vive en la cavernas humanas, que atenacea la masa cranaena de todos los autoritarios, que resopla en el alma humana en un deseo incontenible de abrirse paso, atropellando, corneando, pisoteando desenfrenadamente, y pasear por toda la tierra su insignia sangrienta. La misma bestia humana que devasta y mata en los campos de batalla, que estruja hasta aniquilar al hombre en fábricas y talleres, que mata en vida en los presidios y en los cuarteles, la misma bestia de piel de cordero, que impera dominadora desde los parlamentos, la judicatura y el periodismo, toda esa negación del hombre que babeando el suelo o arrastrándose por las cumbres anega de dolor, esclavitud y muerte. Por eso ante el florecimiento de la conciencia humana, han querido proclamar bien fuerte, con toda su fiereza primitiva, ante el día del hombre que se avecina, que sólo del animal, de ellos, será el reino de la tierra.

De bestia herida, más que grito ha sido queja; más que anunciación de triunfo, de derrota; de muerte, que de vida. Otros vientos soplan arrullando al hombre adormecido, diciendo en sus oídos: la bestia muerta...el hombre...el hombre libre.

Por Dominguez y Anderson Pacheco

Se han hecho vulgares ahora los procesos por incitación a la violencia. El artículo no sabemos cuánto (ni nos importa saberlo) del código penal, autoriza a cualquier quídam a hacer una denuncia contra cualquier hombre que dé una conferencia y a quien se quiera perder. Y he ahí al hombre bajo proceso.

Resulta así que un polícia ignorante, analfabeto, inmoral, puede, si se le ocurre o si sus pocos alcances se lo dan así a entender, hacer encerrar en una cárcel por varios meses o por varios años, a un orador o conferencista.

Tal sucedió aquí con nuestro amigo Enrique G. Balbuena; tal en Mendoza con el camarada Cólman; tal en la Pampa con el compañero Federico Ritsche, y tal, hace unos meses, con Anderson Pacheco y Siberiano Dominguez que se hallan en la cárcel de Bahía Blanca «gozando» de un descanso, y a quienes vamos inmediatamente a referirnos.

Pesa sobre estos compañeros una acusación, de parte interesada, por incitación a la violencia. Es, como se ve, uno de tantos procesos simples, sin importancia, durante cnya substanciación bien podrían estar ellos en libertad, si alguien, desde afuera, hiciera algo por estos compañeros.

Pero resulta que Anderson Pacheco y Siberiano Dominguez no son personas gratas a cierta gente que administra los asuntos y las cotizaciones de cierta parte del proletariado organizado y ahí reside el secreto por el cual ese proletariado y la prensa que lo adula y lo envenena, no hagan ni digan nada por ellos, que están tan cerca, y en cambio agiten a cada rato a la región entera, con su prensa, y amenacen con la movilización de sus fuerzas «poderosas», si se trata de Sacco-Vanzetti, Matheu-Nicolau, Juan B. Acher, etc, que están mucho más lejos.

No somos nosotros, un simple periódico que aparece cada quince días y sobre el que pesa el odio de un puñado de tartufos que recurren a los más viles medios para desprestigiarnos, temerosos de perder el puchero que cuando no se ganan haciendo delegaciones, se conquistan redactando infames sueltos o asquerosos manifiestos contra los hombres decentes que viven de su propio trabajo, no somos nosotros, repetimos, quiénes para iniciar y llevar a cabo una campaña en favor de Dominguez y Anderson Pacheco. ¡No es posible hacer campañas de ninguna clase, con una publicación que aparece cada quince días!

Pero, pensando que hay en nuestro campo, gente que no ha sido aun contaminada por los tartufos aludidos, es que nos hemos decidido a escribir este suelto, confiando en que esa gente, en que esos camaradas pueden hacer mucho con su influencia en el pueblo, para librar lo más prontamente de las garras de los jueces a los dos compañeros nombrados, que se hallan ahí cerquita, entre las rejas de la cárcel departamental de Bahía Blanca.

¡Por Dominguez y Anderson Pacheco, pues, agitad, compañeros, agitad!

El Museo Nacional de La Plata

Es, según los versados, uno de los más importantes del mundo. Situado en el centro del bosque, su ubicación es evocadora. La magestuosidad de la vida nos habla de arcanos misterios al recorrer las salas en que las más diversas formas y tamaños de animales evocan la prehistoria, las luchas terribles, entre el hombre y la fiera, en suma, nos dice todo lo que puede decirnos un museo al cual han dedicado los mejores años de su vida hombres verdaderamente de ciencia.

Pero no era a eso a lo que deseábamos referirnos nosotros, a quienes tampoco nos interesa si fué nuestro antecesor un mono, un sapo o una culebra, sino a la constatación de que será esa obra muy útil, pero que al apartarse del pueblo pierde su más grande virtud, su real validez.

Hay que ver qué nombres más raros, qué esquemas más incomprensibles. Más que impresionado, alegre por los nuevos conocimientos adquiridos, se retira uno totalmente boleado, la cabeza llena de palabras y diciéndose entre dientes:—"Todo esto será muy lindo, pero yo no manyo ni papa".

La aristocracia del talento es la más grande tiranía y esos señores por más sabios que sean no tienen derecho, a nombre de sus conocimientos, a substraer el fruto de nuestro trabajo a nuestra curiosidad.

Señores: ese bosque lo hemos adornado con nuestro esfuerzo; ese edificio lo hemos levantado con nuestro sudor; esos mármoles los hemos labrado y transportado nosotros, con nuestra pala; hemos desenterrado esos huesos; esas vitrinas las hemos construído nosotros.¡Queremos saber, queremos conocer!

No basta con ser sabio, hay que ser hombre. De esa manera se enaltece el sabio y triunfa el hombre.

SALUD.

Más allá de la Fora

(Al margen de una crónica)

a J. M. LUNAZZI.

Sí, más allá. No estamos ni con la Usa ni con la Fora. No podemos estar porque sus medios antianárquicos, anulan, niegan nuestra prédica libertaria.

No nos convence su pacto federal. No solo queremos como fin el Comunismo Anarquista, sino que queremos que la práctica, que los medios, que nuestras luchas, en fin, sean libertarias.

Queremos la anarquía vivida.

Predicar con el ejemplo, porque estamos convencidos que los ideales, valen por los hombres que le han dado vida, viviendo, materializando en su vida diaria, aquello que profesan.

La vida sindicalista ha matado los más bellos movimientos nuestros. Anula la individualidad. Impone la obediencia. Creó rebaños. Elevó caudillos. Suprimió la solidaridad. Formó un ejército de hombres que vivieron del presupuesto sindical, aumentó el parasitismo, la burocracia. Afirmó con más potencialidad el autoritarismo. Eso es lo que hemos sacado en conclusión, de veinte y tantos años de lucha forista.

Venid a estas campiñas, recorredlas y veréis el cuadro de desolación, fruto de la "escuela" sindical. En cada localidad hallaréis un caudillo político, que hasta ayer era secretario del sindicato; un oficial o un comisario de policía que desempeñó el mismo cargo. Y podemos afirmar más: en la mayoría de los casos existían los sindicatos apoyados por los mismos polícias, porque así convenía a los intereses del partido. ¿Concretos? Para qué, si esto casi fué general.

Y por eso se intentó matar todo movimiento libertario que surgió al margen del sindicato, porque chocaba y ponía en peligro la estabilidad sindicalista. Y conste que toda esa tiranía se ejercía en nombre de la libertad. El mal de todas las épocas: en nombre de la libertad se creó el *poder* burgués después de la revolución francesa. En nombre de la libertad, se gestó y materializó el *poder* bolchevique, ahogando en sangre los anhelos populares de la revolución rusa. Y en nombre de esa misma libertad se quiere justificar la imposición sindical. En Rusia se nos trató de elementos adictos a la burguesía y aquí se hace lo mismo. Es que el poder, la tiranía, salga de donde salga, siempre emplea las mismas armas. En nombre de la libertad, se quiere en estos momentos matar una iniciativa nuestra: la aparición de un diario anarquista; y para ello se valen del más ruin de los poderes: el sindical.

El insulto es otra arma que nuestros adversarios esgrimen en estos momentos. "Consejillo" se llama a un grupo de hombres de Villa María, porque tuvo la valentía de opinar con sus propios sesos. Un jovenzuelo te lo dijo a tí, porque hiciste lo mismo, porque dijiste el pensamiento que en estos momentos vive en nuestros corazones. Es un poder que se esgrime valiéndose del "diario de la colectividad". Por ventura ¿no fué un joven, casi un niño, ese hermano nuestro, Simón? ¿Y acaso su gesto de anarquista fué menos plausible? No y no. La juventud no es ningún delito. Al contrario, ellos, los jóvenes son lo que con su audacia gestan las nuevas ideas que surgen, que gritan frente al presente, lleno de iniquidad y podredumbre. El cronista es el pasado o algo del presente; tú el futuro.

He ahí por qué armaste escándalo.

Es que a los ideales que se adelantan a la época, siempre se les ha tratado así por los rutinarios de todos los tiempos.

¡No más autoridad! Aunque ésta esté disfrazada con el nombre de *Consejo*, secretario general, comisiones, etc.

¡No más rebaños! Ganemos al pueblo para la libertad, para el Comunismo Anárquico. Agitación constante y sin desmayos. Educación, obra de cultura. A cultivar el cerebro de los humanos con semilla libertaria; a predicar con el ejemplo de nuestras vidas.

Frente al capitalismo, frente al Estado, frente a todos los poderes, nuestra acción libertaria.

Esto es lo que nos proponemos un grupo de hombres en esta y otras localidades.

Id al cerebro, al corazón de los hombres. Decidles que vivan nuestra vida de bondad haciéndoles comprender por la persuasión, no por la fuerza bruta, nuestros ideales de redención humana, y habremos hecho la revolución.

¡Ni Usa ni Fora, pues! ¡Plus ultra! ¡Plus ultra! ¡Anarquía! ¡Anarquía!

TOM X.

Armstrong, a los 106 dias de 1924.

Sociedad O. Varios

Balance de la velada realizada el 1º de Mayo, a beneficio del Comité Pro Presos Local y minerva de «Ideas»

Entradas.—De hombres a un peso $ 237.00. De mujer a 0.50 $ 29.00. Total $ 266.00.

Salidas.—Alquiler salón 90.00. Alquiler telones 20.00. Una placa aviso velada 5.00. Letrero y Luz 6.00. Orquesta 16.00. Gastos del cuadro 27.30. Impresión entradas y programas 10. Por cien ejemplares de «Ideas» 10.00. Por cincuenta de «Nuestra Tribuna» 3.00; Total $ 187.30.

Beneficio.—Este fué de $ 78.70, habiendo correspondido $ 39.35 a cada beneficiado.

Recibimos conforme:

Por «Ideas»	Por el Comité
Francisco Lattelaro	Lorenzo Santos

Dalmacio Peña, Eleuterio Andrés. Gabriel Berciano
Revisores de cuentas.

Lobería 1924.

Correo de "Ideas"

E. B. Aparicio, *Villa Urquiza.*—No publicaremos su artículo, «no porque no concuerde con nuestro criterio», como dice usted (que para publicar lo que nos ataque somos mandados hacer, al revés de ciertos linces que sólo publican lo que les favorece) ni tampoco porque venga lo suyo mal escrito (que para arreglar lo malo, es sabido que somos generosos) sino porque lo que usted escribe no añade ni quita nada al asunto, ni es en rigor una refutación. Por lo demás, de acuerdo: los de enfrente son unos santos; nosotros seremos pues unos impostores. ¿Qué hacemos con su artículo?

Emilio Izquierdo, *Pergamino.* Aunque su artículo está lleno de reflexiones justas y atinadas, no lo publicaremos. Son ya muchos los que hemos rechazado sobre el mismo tema, y por otra parte no nos resulta nada la mención de esos términos en «ista» que el espíritu subalterno de los sesudos redactores del diario colectivo y sus demás cómplices han inventado y puesto en circulación con esa sagacidad de politiqueantes que es preciso reconocerles. Por eso y porque no hay necesidad de que esa «mersa» de perdularios lo sindiquen a usted como delegado de nosotros, poniéndolo de paso como trapo de cocina, es que no publicaremos su artículo.

Alejandro Protti, secretario de «La Lucha» adherida a la A. L. A., *Buenos Aires.*—Quedamos «interados» de vuestra nota ítalo-ibérica. Es cierto que pusimos nuestro visto bueno al balance, porque estaba bien hecho (los números son los números) y porque tal era nuestro deber desde el momento que concurrimos y nadie pudo hacerle objeciones. Los que pudieron objetar, ya que sabían tanto, no se hicieron ver. También es cierto que a raíz de esto fuimos injuriados por ustedes. Pero también es cierto que nuestro visto bueno fué puesto a una cuestión de cuentas, no de opiniones, no de posiciones, no de amor, porque nosotros no somos aliancistas. Vuestra nota, pues, que recuerda nuestra actitud de entonces, sobra completamente, y si bien participamos de todo cuanto en ella decís contra los sinvergüencitas del diario, no por eso creemos ni pensamos que seais vosotros de mucha mejor pasta que la que nos ha mostrado esa gentuza.